

DON JOSE M. DE AGREDA Y SANCHEZ

Prendado de todo lo antiguo y con particularidad de los libros, y más todavía si tratan de historia, si ésta es de México y si se refiere al período colonial, D. José M. de Agreda y Sánchez es el más acado prototipo del bibliófilo, sabidor, disertador y generoso para hacer participes á los demás de sus especiales conocimientos y auxiliar con ellos á cuantos entre nosotros escriben sobre cosas viejas. No dió á la estampa libro alguno el historiógrafo García Icazbalceta que antes no revisara su amigo Agreda, y sobre el que no le diera su visto bueno para publicarlo. Y D. Antonio Peñafiel, D. Vicente de P. Andrade, D. Genaro García, D. Jesús Galindo y Villa, D. Luis González Obregón y quien esto escribe, frecuentemente han acudido al Sr. Agreda en demanda de datos, fechas, documentos y libros para utilizarlos en sus trabajos ó estudios sobre cosas antiguas, obteniendo en todas ocasiones bondadosa acogida y eficaz ayuda del servicial bibliófilo.

Sin hipérbole puede afirmarse, que no existe libro impreso en México durante los tres siglos virreinales, del que no haya tenido un ejemplar cuando menos en sus manos. No hay obra de aquel período que no conozca al dedillo; ni autor que no le sea familiar, ni fecha de ediciones ó de acontecimientos de importancia que deje de conservar con exactitud en la memoria. Su memoria es sorprendente; y él mismo es á manera de biblioteca ambulante. Sus aficiones, sus gustos, sus costumbres, todo le lleva al pasado, y en este nuestro tiempo parece como un rezagado de otras edades que viviese sólo para dar testimonio de ellas en la presente.

Ya se deja comprender lo que será la biblioteca de un sujeto semejante: riquísima colección de obras sobre la Nueva España y la América, entre las que se cuentan ejemplares escasos y rarísimos. Desde muy joven comenzó á formarla con los libros que heredó de su padre. Después la ha acrecentado con valiosas adquisiciones provenientes ya de testamentarias, ya de compras hechas en diversos Estados de la República. Hoy cuenta su biblioteca con más de seis mil volúmenes y acaso sea la más completa en su clase. De ella forman parte un curioso catálogo manuscrito de todos los penitenciados por la Inquisición en la Nueva España; la vida del conquistador de la Florida, Pedro Menéndez Avilés, también manuscrita; el proceso inquisitorial del pintor flamenco Simón Perens, autor del gran cuadro al óleo del Altar del Perdón, en la Catedral de México, y todas las crónicas monásticas de la Nueva España, muchas de éstas no dadas aún á la imprenta.

Posee asimismo el Sr. Agreda buen número de incunables y de elzevires, hechos venir por él de Europa; y muestra con particular satisfacción un ejemplar de las "Ocho Décadas de Orbe Novo" de Pedro Mártir de Angleria, que perteneció á Fray Juan de Zumárraga y que ostenta la firma del primer arzobispo de México. Bibliófilos hay que adquieren libros para negociar con ellos y que no ponen reparo aun cuando sean llevados al extranjero, mientras que Agreda los retiene y conserva con diligente cuidado para aprovecharlos y hacer que de ellos se aprovechen sus amigos.

Desde muy niño demostró el Sr. Agre-



D. José M. de Agreda y Sánchez.

da su afición por adquirir pergaminos valiosos. Cierta día de Invierno del año de 1861, encontróse casualmente con un librero de viejo que llevaba un ejemplar de la Historia de los Dominicos de México por Dávila Padilla, obra editada en Madrid en 1596, y cuya edición está agotada, y, estimando lo valioso del pergamino y lo difícil que era adquirirlo, hizo desde luego al librero proposiciones para que se lo dejara llevar, mas como no tuviera en el momento el proponente ni un centimo en el bolsillo, hubo de quitarse su capa para dársela en prenda al librero. Al llegar á su casa con el Dávila Padilla y sin el abrigo, su padre perdonó la falta al mozo en gracia de sus aficiones de viejo; si bien hubo después de rescatar la prenda.

No menos divertida es la siguiente anécdota que le hemos oído referir al mismo protagonista. Hallándose camino de México de regreso de Puebla, á donde había ido en busca de libros curiosos, é instalado en uno de los wagones del Mexicano después que cuidadosa y sigilosamente había acomodado buena cantidad de esos libros debajo de los asientos para que no fuesen notados y no tener que pagar por ellos; cuando menos se pensaba descarriló el tren, y con los movimientos bruscos y sacudidas, esparciéronse por el suelo del wagon y salieron á relucir los muchos pergaminos ocultos, con sorpresa y admiración de los pasajeros que en un instante los vieron multiplicarse. Preciso

fue hacer el transbordo, y esto fue echar nuestro bibliófilo viajes de un tren á otro y acarrear los pesados folios de Palafox y Mendoza. Uno de los pasajeros, mientras tanto, sin asomo de conmiseración apostrofaba al joven Agreda, llamándole ave de mal agüero, causante del percance que habían sufrido, sin que tampoco faltara quien pretendiera hacerle pagar pasaje doble cuando menos por los numerosos folios con que invadía todos los asientos. Años después, á aquel mismo sujeto que le fulminó sentencias, iba en su busca para consultarle sobre puntos de su especialidad, y Agreda no tuvo embarazo en franquearle los volúmenes de su biblioteca.

Como inherente complemento de su erudición, es paleógrafo, examinado y aprobado por el Gobierno. Por rigurosa oposición obtuvo la plaza de paleógrafo del Archivo Nacional. La prueba á que se le sujetó para darle el título y el puesto, consistió en haberlo encerrado en una pieza con cuatro expedientes del siglo XVI, de diversos tipos de letra manuscrita, á cual más embrollados, para que descifrara algunos trozos. En pocas horas habían quedado hechas las traducciones, dejando muy atrás á sus competidores y grandemente sorprendido á su calificador D. Ignacio Rayón, que hubo de otorgarle la suprema.

Por varios años tuvo el Sr. Agreda á su cargo la Biblioteca pública de la Catedral, hasta que, en 1867 hizo de ella entre-